

ditas, y así *encantaba*, es decir, hacía inocente al maestro de aposentos.

Muchos eran los oficios que en el colegio desempeñaban los alumnos como los de campanero, bibliotecario, guardarropa de los becas que eran 32, y sobre todo, los concernientes al servicio del templo de Loreto, nombre que se le daba al antiguo de San Pedro y San Pablo. Una gran parte de los colegiales, acolitábamos, turnándonos por semanas, misas rezadas, cantadas y rosarios, vistiéndonos para el caso de manto y roquete, y empuñábamos con arte, los ciriales y el incensario. Otras veces ejecutábamos el oficio de coristas, para lo que teníamos bien aprendidos los cánticos de la Salve Regina y la Letanía, misas comunes con acompañamiento de órgano y misas solemnes con acompañamiento de piano y orquesta, así como los cantos relativos á la Semana Santa, sin excluir las Siete Palabras de Mercadante y el Stabat Mater de Pergoleso.

Entre las *acolitadas* y el canto preferíamos aquéllas por que dejaban descansar nuestras laringes, no obstante proporcionarnos el segundo, la consabida taza de leche á la hora crítica del apetito, la que apurábamos con delicia, en los días festivos, á la hora del sermón. Sin embargo, ¡cuántos sentimientos poéticos brotaban de nuestros infantiles corazones al entonar aquellos cánticos dulces y tiernos, y sobre todo los de la misa de aguinaldo en la noche de Navidad! Aquella misa de encantadoras melodías, con acompañamiento de piano, grabó en nuestras almas sus conmovedoras frases, que, según entiendo, debíanse al estro musical de nuestro maestro Don José Antonio Gómez.

Las funciones clásicas en el templo de Loreto eran las de Navidad, las Tres Horas del sábado de la Semana de Dolores, la Semana Santa, San Gregorio y la Natividad de la Virgen. Dos ó tres semanas antes del 12 de Marzo y 8 de Septiembre, prescindíamos los estudiantes de las tres tortillas que se nos daban en las comidas y de los chocolates de la tarde, ó sean de tres ó cuatro tlacos diarios que se nos convertían en gruesas de cohetes tronadores. En tales días festivos, muy de mañana, nos hallábamos todos los colegiales coronando las bóvedas del templo, y al sonar el alba, dábamos á los vecinos la más estupenda zumba,

anticipándoles el día del juicio, pues ya puedes figurarte, caro lector, lo que sería aquello, teniendo á su disposición, cada uno de los doscientos colegiales, una gruesa de cohetes. Las funciones eran solemnes, á cuyo lucimiento contribuían los alumnos, quienes en tales días se regalaban con un buen desayuno, apetitosa comida y *tamalada* en la huerta.

Precedían á las solemnidades de la Semana Santa, los altares de Dolores, el viernes de este nombre, en cuya noche cada cátedra lucía el que había levantádose á escote de los mismos alumnos, siendo aquéllos visitados, ceremoniosamente, por el Rector y catedráticos del colegio.

El jueves y viernes santos permanecían los colegiales en el establecimiento y á éstos se debía el extraordinario brillo de los oficios y del espléndido monumento, cuyo ornato dirigía el mismo Rector.

Ocho colegiales de la misma edad é igual estatura, con sus mantos flamantes y roquetes blancos y vistosos, acompañaban al Obispo, el Ilustrísimo Señor Don Joaquín Fernández Madrid, que era quien generalmente oficiaba: otros en igual número, servían el altar con ciriales é incensarios, y otros más, en el coro, hacían resonar en las bóvedas del templo sus voces infantiles acompañadas por la orquesta. El Jueves Santo el colegio cumplía con el precepto anual, y desde el Rector hasta el último sirviente recibían la Sagrada Eucaristía de manos del Obispo, quien pausadamente recorría el templo con su brillante séquito de acólitos, los cuales daban á los que comulgaban una copita de buen vino.

Después de los oficios, los colegiales quedaban en libertad de volver al templo las veces que quisiesen, pero sin traspasar una barda de madera, al efecto dispuesta en todo el costado oriental de aquél.

El monumento, en la noche, era de lo más vistoso por las incontables luces, el brillo de la plata labrada, las banderitas de oro volador y las aguas de colores depositadas en hermosos frascos de cristal, aguas transparentes de vivísimos colores preparadas bajo la dirección del famoso químico Don Leopoldo Río de la Loza. La brillantez del monumento contrastaba con el lúgubre aspecto de otros altares, en que se veían representados algunos cua-

dros de la Pasión. Natural era, atendiendo á tales circunstancias, que el público de la Capital diese la preferencia en sus visitas á los monumentos de San Pedro y San Pablo, Profesa y San Francisco.

El 12 de Agosto de cada año se celebraba con expansiones de alegría y espléndido refresco, en la noche, el retorno del Rector al Colegio á los pocos meses de haber sido suspenso en sus funciones por Santa-Anna.

La Natividad, ya en tiempo de vacaciones, celebrábase por los alumnos que no gozaban de éstas, con juegos divertidos y quemadas de toritos.

Réstame hablar de la espléndida función de la distribución de premios con que se daba término al año escolar. A los exámenes escolares que se anunciaban con ocho campanadas, seguían los actos públicos, como era de uso en todos los colegios. A tres de los alumnos más aventajados de cada clase, después de haber sufrido el examen reglamentario, se les nombraba para que sustentaran un acto público de lucimiento, á cuyo efecto dábanseles los puntos sobre los que debían tratar. Aquellos momentos en que los actuantes, acompañados de su profesor, iban y venían por los diferentes departamentos del colegio distribuyendo las invitaciones á los superiores y provocando celos en sus compañeros, eran para ellos los más felices. Las invitaciones á que se daba el nombre de actillos, eran unos cuadernos de cuatro cuartillas de papel, de las cuales la primera tenía impresa la invitación en los siguientes términos:

Fulano de Tal. (El nombre del que apadrinaba el acto).

Suplica á usted.

Se digne honrar con su asistencia el Acto de

Primer curso de Filosofía (por ejemplo).

Que con el favor divino, sustentará en la sala de actos (ó en el general), la mañana del día tantos, su ahijado.

M. N.

La fecha.

En las otras cuartillas, hallábanse, en una inscripción latina con el nombre del sustentante, la materia del acto, la fecha y el nombre del profesor que lo presidía, en otra una

dedicatoria en latín (generalmente con una estampa litografiada de la Virgen María bajo alguna de sus advocaciones), y en la última, también en latín, las materias del certamen.

Tales actos, particularmente los del Colegio de Minería, eran muy lucidos, por versar algunos en las ciencias experimentales, para lo que contaban los alumnos con los elementos necesarios.

La distribución de premios en San Gregorio, contra la regla común de los demás colegios, hacíase de día. Entoldábase para el efecto el patio principal y se adornaban las columnas, arcos y ventanas con olorosos festones de clavo, artística y simétricamente colocados, sin que ocultasen para nada las muchas inscripciones que constituían el principal ornato de aquel recinto. Macetones con naranjos y otras plantas de hermosas flores entre las que resaltaba la encendida flor de Noche Buena, se multiplicaban ante los grandes espejos distribuidos en pilastras y corredores; surgiendo el obelisco levantado en honor del fundador del Colegio, entre el tupido follaje de las plantas.

En el fondo del patio, frente á la entrada, se alzaba el alfombrado tablado y sobre él y bajo un dosel de terciopelo el asiento destinado al Presidente de la República, y á uno y otro lado los de los Ministros, superiores del Colegio y de los personajes invitados.

La exactitud reglamentaria de todos los ejercicios del colegio, era rigurosamente observada en el de la distribución de premios. A las diez de la mañana dejábanse oír los alegres toques de la campana que anunciaban el deseado momento en que daba principio aquel acto solemne.

El patio principal del colegio era un cuadrado, limitado por cuatro arcadas, cada cual de ocho arcos, correspondiendo á cada uno de éstos, en el segundo piso, una ventana. En cada lado del patio y simétricamente, cuatro ventanas estaban abiertas y cuatro tapiadas, y en éstas se encontraban las siguientes inscripciones, cuyo orden riguroso se escapa á mi memoria.

Al Norte:

Ciceron.
Salustio.
Horacio.

Tales.
Solón.
Chilón.

Mucio Scévola.
Tito Livio.
Quintiliano.
Pedro.

*Diligite lumen sapientie
Omnes qui prestis populis
Multitudo sapientiam
Sanitas est terrarum.*

Al Sur:

Sócrates.
Platón.
Aristóteles.
Zenón.
Homero.
Demóstenes.
Licurgo.

Tácito.
Virgilio.
Plinio.
Ovidio.
Papiniano.
Séneca.
Cornelio Nepote.

Paulo III
Pontífice Máximo
Mexicani Populi
Humane Dignitatis
Claro Regeneratori
Greg. Col.
L. D. D. D.

Francisco Xaverio Gamboa
Regi Senatus Mexicani
Olim præsido
Pio Juxta Munifico
Ac Romanorum Artium
Amantissimo
Qui
Divi Gregori singulari Tutela
Recreabit
Tanti affetti menores
Ejusdem Collegii.

Al Este:

Newton.
Fenelón.
Massillón.
Buffon.
Bossuet.
Palafox.
Solís.

Dante.
Cervantes Saavedra.
Ariosto.
Shakespeare.
Gregorio.
Bacon.
Locke.

*A Eduardo Jenner
Descubridor de la Vacuna.*

Al Oeste:

Alegre.
Urbe.
Gama.
Portillo.
Bravo.
Mendaña.
Llave.

Bartolache.
Glarjero.
Abad.
Sor Juana.
Maneyro.
Omaña.
Alva.

*Al Venerable
Pedro de Gante
Fundador y Maestro
De las primeras escuelas del
Anáhuac.*

*Al sabio, benéfico, humildísimo
P. Antonio Núñez
Por sus buenos oficios para con este
Colegio en el año de 1784.*

En 1836 el Rector Rodríguez Puebla levantó en el centro del patio un monumento piramidal en honor del benefactor Don Juan Chavarría. En la cara del frente, dentro de un medallón de cantería, se puso esta inscripción:

*A Don Juan Chavarría
Fundador de este Colegio.
Año de MDCCCXXXVI.*

Con motivo de la muerte del señor Rodríguez Puebla, acaecida, como se ha manifestado, en 1848, los gregorianos agradecidos pusieron en el zócalo de la misma pirámide esta otra inscripción:

*A la memoria de Don Juan Rodríguez Puebla
Restaurador de este colegio.
Año de MDCCCLXVIII.*

Otras muchas inscripciones que como las anteriores, ha conservado en una de sus Revistas la Asociación gregoriana, se leían en el Colegio Grande, tales como las que siguen:

En la Cátedra de Lógica, establecida hacia el ángulo NO. del patio:

Esto sapiens et dirige in via animum tuum.

En la cátedra de física:

Vir qui amat sapientiam laetificat patrem suum.

En el descanso de la escalera principal Al frente:

*Venite filii, audite me
Timorem Domini docebo vos.*

Al Oriente:

Sapientiam adque doctrinam stulti despiciunt.

Al Occidente:

Initium sapientie timor Domini.

En el Claustro del Coro

Al Oriente:

Fugit irreparabile tempus.....

Al Occidente:

*Ad sumum sapiens uno minor est Jove
Dives, liber, honoratus, pulcher rex demique regum.*

*Donec eris felix multos numerabis amicos;
Tempora si fuerint nubila solus eris.*

En la puerta del cuarto de reliquias:

*Justi in perpetuum vivent,
Et apud Dominum est merces eorum.*

En el descanso de la escalera de la sala de San Luis y al pie de una hermosa imagen de San Gregorio:

*Ecce sacerdos magnus qui in vita sua suffulsit
Domum et in diebus suis corroborabit templum.
Quasi stella matutina in medio nebulae et quasi luna plena
in diebus suis lucit.*

En el comedor de la sala de San Luis

Al Occidente:

*Adolescens juxta viam suam
Etiam cum senuerit non resedet ab ea.*

Al Sur:

Qui spreverint modica paulatin descendit.

Al Norte, en la sala de San Juan:

Melius es nomen bonum quam divitiarum multe.

En la sala de la orquesta

Al Norte:

*El profesor que en su retiro acierta
La senda de la gran Filosofía
Allí conoce en fin que es la armonía
Arte no menos grato y necesario
Al hombre en sociedad y al solitario.*

Al Sur:

*O vosotros incómodos oyentes
En quienes la discreta cortesía
Suplir la falta de afición debía,
No con vuestros coloquios imprudentes
El sagrado violéis de la armonía.*

En el refectorio:

*El Colegio de San Gregorio á su fundador.
Juan Chavarría.
Año de 1835.*

Por último, en la columna monumental coronada con el busto del Padre Las Casas, erigida en el patio del Colegio Chico, se leía:

*A Las Casas
Padre de los Americanos,
La juventud gregoriana.*

Uno de los grandes servicios prestados por el Sr. Rodríguez Puebla al Colegio de San Gregorio fué el acrecimiento de la biblioteca, enriqueciéndola con excelentes obras, particularmente la sección de América, con inapreciables manuscritos, entre los que se encontraban gramáticas y vocabularios indígenas, obras doctrinales y otras relativas á nuestra historia; tales como la de la Compañía de Jesús en Nueva España, las Crónicas de San Diego y del Santo Evangelio; biografías de hombres notables que florecieron en América; obras que tratan sobre sucesos notables y curiosos y otras muchas sobre ciencias, artes y literatura, siendo de advertir que para tales adquisiciones el Rector sólo contaba con el producto de los cabos de vela que mandaba recoger y vender.

Después de la muerte del Sr. Rodríguez Puebla, cuyos restos descansan en un elegante monumento que bajo uno de los arcos del templo dórico de Loreto levantó la gratitud de los gregorianos, la biblioteca se enriqueció, ya en tiempo del Rectorado del Doctor Don José María Díaz de Sollano, con las donaciones del Doctor Don Basilio Arrillaga y de los

Licenciados Don Mariano Esteva y Don José María Lacunza, y con la adquisición por compra de la biblioteca, en su mayor parte de medicina, del afamado Doctor Villa. El 18 de Noviembre de 1849 se instaló la biblioteca pública de San Gregorio en el antiguo templo de San Pedro y San Pablo, con 5,461 volúmenes distribuidos en las siguientes secciones: Derecho Civil, 238 volúmenes.—Derecho Canónico, 165.—Historia Profana, 185.—Historia Eclesiástica, 251.—Ciencias y Artes, 210.—Humanidades, 211.—Miscelánea, 92.—Diccionarios, 122.—Sagrada Escritura, 207.—Liturgia, 32.—Santos Padres, 58.—Teología, 308.—Concilios, 2.—Sarmonarios, 164.—Ascéticos, 337.—América, 324.—Publicaciones periódicas, 1,037, *Manuscritos*, 102.—Biblioteca del Doctor Villa, 1,416.

Pocos edificios han sufrido tantas transformaciones como el templo de San Pedro y San Pablo, después de la Independencia. De fines de 1821 á 1829 sirvió de salón del Congreso; convirtiéndose después en salón de bailes y teatro. De 1832 á 1850, fué otra vez templo y Santuario de Nuestra Señora de Loreto. A poco de ser clausurado en el último año expresado se convirtió en sala de actos y Biblioteca del Colegio de San Gregorio y suprimida ésta hicieronse varias obras en el templo en 1857 para adaptarlo á un establecimiento de niñas que debía tener el nombre de Colegio de la Paz; de 1858 á 1860 sirvió al Colegio Militar, luego de cuartel y Hospital Militar, más tarde de almacén y depósito de víveres del Ejército francés y, por último, desde 1884, de talleres de la Escuela Correccional.

El vetusto edificio del Colegio que fué suprimido por decreto de 17 de Agosto de 1853, queda en pie, aunque transformados diversos departamentos. El Montepío Viejo ocupado por la enfermería es hoy la casa de los Capellanes de la Iglesia de Loreto; el patio de "Las Casas" del Colegio Chico, con sus pertenencias y sin el monumento del insigne defensor de los indios, está aplicado á la Dirección de Instrucción Pública; el patio principal y el de los lavaderos, claustros y dependencias del Colegio Grande y el patio de la *Majada* del Colegio Chico, comprendiendo el refectorio, todos estos departamentos, muy cambiados, sirven á la Escuela Correccional; en el templo antiguo

de San Pedro y San Pablo, abierto antes al culto de la Virgen, se hallan instaladas, como se ha dicho, las máquinas de la misma escuela, así como en el dórico templo de Loreto, en otro tiempo clausurado, elévanse hoy al Ser

Supremo las plegarias de los fieles, sin que nadie abrigue ya temores de derrumbe del edificio, ni recuerde la patraña de la Sierpe, que tanto conmovió al ignorante y crédulo pueblo bajo de la Capital.



II

INVASION AMERICANA.

A mi estimado amigo el Sr. Lic. D. Fernando Duret.

ERA yo un adolescente cuando oí referir, cierta mañana, los tristes episodios de las primeras campañas libradas por nuestro ejército contra el invasor norteamericano. Sentí oprimido el corazón y mis ojos se humedecieron. ¡Lágrimas puras vertidas por el amor de la patria!

No te hablaré, lector amigo, de todos los lances de esa injusta guerra, por hallarse escritos en buenos libros, y solamente trataré de aquellos que presencié y dejaron hondas impresiones en mi ánimo, que para desvanecerlas siquiera no bastaron los hechos de la célebre batalla de la Angostura, y más bien diéronle mayor fuerza otros acontecimientos como la toma de la heroica Veracruz y el desastre de Cerro Gordo.

Hallábame con mi familia en Tacubaya, alojado en una casa contigua al puente conocido con el nombre de Cartagena, y desde el elevado techo de aquella casa podía abarcar la vista todo el valle y percibir el oído los ecos procedentes de comarcas distantes. Sobre di-

cha techumbre me hallaba, impaciente y acongojado, la tarde del 19 de Agosto de 1847, atento el oído y fijas mis miradas en los retirados y pedregosos terrenos que se encuentran al pie de la serranía de Ajusco. A veces distinguía vagamente la incierta luz de los fogonazos de las piezas de artillería y á veces escuchaba las detonaciones débilmente conducidas por las ráfagas del viento.

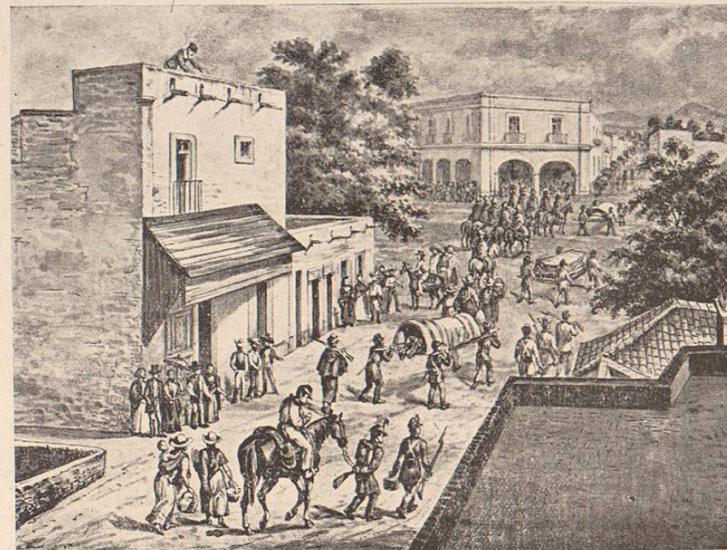
En vano mi anciosa solicitud interrogaba á esa luz y á esos sonidos para que me dijese las peripecias de la tremenda lucha emprendida en las lomas de Padierna y, al fin, lleno de zozobra y con un vago presentimiento que aumentaba mi aflicción, ya entrada la noche, me retiré al aposento de mi madre á la que encontré cerca de mi hermana, ambas arrodilladas y orando ante la hermosa imagen de Jesús crucificado. Al verlas en tal actitud, presto me arrojé á su lado, é hincando ambas rodillas en tierra, púsemme también en oración para pedir á Dios el triunfo de nuestra justa causa.

Llegó la mañana del día 20 y con ella el

triste desengaño de nuestra derrota, en la madrugada de tal día, confirmada por los dispersos y heridos que no cesaban de pasar por aquel puente de que te he hablado, querido

particularmente en compañía, los más eminentes servicios.

Alternativamente dirigía mis miradas á los dispersos que pasaban por el puente, con sus



PUENTE DE CARTAGENA EN TACUBAYA.—DISPERSOS DE LA BATALLA DE PADIERNA.

lector. Inútilmente busco las palabras, que no encuentro, capaces de dar una idea exacta de las amarguras de mi corazón, á la vista de tantos infelices sacrificados por la ambición, rivalidad, desaciertos é insubordinación, elementos terribles de otra campaña personal, sostenida por los que dirigían los asuntos de la guerra. ¡Cómo no había de causarme honda pena la presencia de aquellos heroicos soldados que llegaban del campo de batalla, con sus vestidos en desorden, chorrendo sangre medio contenida por los vendajes, ó pegadas á sus carnes las ligaduras por la misma sangre coagulada; unos con la cabeza envuelta en trapos que de blancos habíanse tornado en rojos, y otros con el brazo en cabestrillo; quién se veía pasar con la mano puesta en la deshecha quijada y quién transportado en *tapertle* ó en camilla! A los débiles quejidos de los valientes heridos respondían los sollozos de las soldaderas que los seguían, de esas mujeres que si bien constituían la ínfima clase social por sus malas costumbres, prestaban al ejército, par-

gloriosas heridas, y á los campos, de los que no se levantaba, á causa de estar humedecidos, ni la más ligera nube de polvo que me indicase el movimiento de las fuerzas de Santa-Anna, en su retirada por el camino de Coyoacan y el de los cuerpos de Guardia Nacional que abandonaban sus posiciones fortificadas de San Antonio y Xotepingo para dirigirse á la Capital por la Calzada de San Antonio Abad, conforme á las órdenes del General en jefe. (*)

(*) Según el Sr. Roa Bárcena, "Recuerdos de la Invasión Norteamericana," esta fuerza constaba de la séptima Brigada al mando del General Gómez Palomino, compuesta de cazadores de Allende, Ligero de Aldama y compañía de cazadores de Galeana, Jiménez, Morelos y Berduzo. Cuerpos de Guardia Nacional á las órdenes de los coroneles Don Anastasio Zerezero y Don José Guadalupe Perdigón Garay. En todo 2,000 hombres, Cuerpo de Guardia Nacional Hidalgo, de 700 hombres, al mando del Teniente Coronel Don Félix Galindo y compuesto de empleados, artesanos acomodados, una Compañía de estudiantes de Derecho de la que eran capitanes personas distinguidas como los Licenciados Alariste, Sabino Flores y Sánchez Solís, y otra Compañía